



¿Qué es la Navidad?

Rev. Wayne Palmer

Por fin tenía un momento para sentarse, recuperar el aliento y probar una galleta de Navidad. Ella miró directamente a través del árbol de Navidad, repasando su lista mental para mañana: todo tenía que ser perfecto. Las galletas y los dulces estaban empaquetados; las tartas estaban envueltas y listas para llevar y los regalos estaban todos guardados en el automóvil. Parecía que la nieve iba a aguantar hasta que regresaran, pero nadie podía estar seguro.

Estaba arrepentida de no haber hecho más cosas esta Navidad, pero ¿no era así siempre? Nunca hacía todo lo que se proponía, y cada Nochebuena se enfrentaba a esos mismos pensamientos molestos. ¿Por qué compramos todas estas decoraciones, si nunca llegamos a ponerlas todas? Además, ni siquiera estamos aquí para disfrutarlas el día de Navidad. Si un año pudiera poner todas las decoraciones, enviar todas las tarjetas, hacer todas las galletas y los dulces, entonces tal vez la Navidad sería perfecta.

Fue entonces cuando algo le llamó la atención. Un extraño círculo de luz que no había notado antes en el árbol. ¿Qué era? No podía ser ninguno de los trece Papá Noel, ninguno de los muñecos de nieve multicolores, ni los ángeles blancos de encaje, ni los personajes de películas que ya no recordaba; ninguno de los adornos, bolas o cuentas. Cruzó la habitación hasta el árbol.

Ah, era ese adorno que mamá y papá le habían dado cuando era pequeña: un pequeño bebé acostado en el heno. De alguna manera, la luz se reflejaba en el halo alrededor de la cabeza del bebé. Quitó el adorno del árbol y se sentó, sosteniéndolo en sus manos. Se puso a pensar en el largo viaje y en cómo llegaría el resto de la familia a la casa de mamá y papá el día siguiente. No estaba segura de que hubiera suficientes sillas para todos (si es que todos iban a aparecer), pero conociendo a mamá, habría mucha comida y galletas de Navidad. ¿Será que todos llegarían allí este año? Sería la primera vez.

La Navidad era mucho más feliz cuando ella era niña. Era perfecta todos los años. ¡Lo que daría por volver a ser niña! Pero durante más años de los que podía contar, la Navidad la dejaba vacía por dentro. Había invertido mucho tiempo tratando de descubrir la razón. Tal vez se debía a que ahora era un adulto y tenía que hacer todos esos preparativos. Aun así, pensaba que si lograra hacer todo lo que quería, y si todos estuvieran en casa para Navidad, volvería a tener una vez más esa Navidad perfecta y esquivada.

Su ojo volvió a captar ese pequeño círculo dorado de luz. El Niño. Mientras miraba al árbol, se preguntó cómo habría sido la Navidad para sus padres.

En realidad, no había sido muy diferente. El mismo ajeteo y el mismo bullicio, el largo y tedioso viaje de regreso a casa de familiares y amigos. Pero no era un día festivo; era un viaje de negocios: los negocios de Roma. El emperador había ordenado un censo para poder cobrar un nuevo impuesto. Así que abandonaron a regañadientes su hogar en el norte y viajaron a Belén, la ciudad natal de su familia, para ser contados en ese censo.

Fue por eso que ese pequeño Niño recién nacido estaba acostado en el heno del pesebre y no en una bonita cuna. El pequeño pueblo de Belén estaba lleno de judíos que también habían regresado diligentemente a la ciudad natal de su familia para registrarse. Parecía que todos habían llegado antes que ellos, porque todas las habitaciones de

huéspedes estaban llenas. José había buscado una frenéticamente, pero había quedado ninguna para ellos. Así que allí se acurrucaron, refugiándose con los animales. Y sin cuna, se las arreglaron con el comedero y su heno. La Navidad, la primera Navidad, parecía otra historia de pobreza y necesidad.

Se puso a pensar en que el mes pasado su hermano había perdido el trabajo. ¿Por qué tenía que suceder justo antes de la Navidad? Él creía que no iba a poder permitirse el lujo de ir con su familia a celebrar la Navidad en la casa de sus padres. Pero como los médicos dijeron que esta sería la última Navidad de papá y ella quería que fuera perfecta, les pagó los pasajes para que pudieran ir. Pobreza, enfermedad, muerte. ¿Sería eso todo lo que recordarían de esta Navidad? ¿Sería eso lo que tanto la preocupaba?

La primera Navidad tuvo que ver con pobreza y necesidad. Pero no se trataba solo de la pobreza de José o de su joven esposa María o incluso de ese recién nacido Niño. Se trataba de la pobreza de la humanidad inmersa en un mundo lleno de dolor, tristeza y muerte. Y fue la necesidad desesperada de cada hombre, mujer y niño que alguna vez vivió o vivirá, lo que trajo a ese Niño al pesebre.

María, la joven madre, lo envolvió en pañales y lo acostó en ese pesebre. Su esposo estaba a su lado, aun cuando no era el padre del bebé. Era asombroso que estuviera allí. En realidad, era asombroso que cualquiera de ellos estuviera allí.

Nueve meses antes había sido la prometida de José el carpintero, quien estaba preparando un lugar donde vivirían juntos. Cuando terminara, tendrían la fiesta de bodas. Luego la llevaría a casa para vivir con él. Así pensaba que sería su vida, es decir, hasta el día en que todo su mundo se puso patas arriba.

“¡Salve, muy favorecida! El Señor está contigo.” (Lucas 1:28b). De la nada había aparecido un ángel.

María estaba preocupada y agitada, por lo que el ángel la tranquilizó: “María, no temas. Dios te ha concedido su gracia. Vas a quedar encinta y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre JESÚS. Éste será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios, el Señor, le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lucas 1:30b-33).

Oh, los pensamientos que habrán pasado por su mente. Lo más probable es que le haya llevado nueve meses para que esas palabras penetraran en su corazón. Ella era la mujer que Dios había elegido para hacer algo maravilloso: traer a su Hijo a este mundo para salvar a su pobre, necesitada y quebrantada creación. María sabía mejor que nadie lo terrible que podía ser esta vida. Ella y José conocían la pobreza. No es que José no tuviera hogar o estuviera desempleado; un carpintero siempre podía encontrar trabajo y mantenerla. Pero toda la vida iban a tener dificultades para llegar a fin de mes.

Mirando a José junto al pesebre, recordó la pregunta que le había hecho al ángel: “¿Y esto cómo va a suceder? ¡Nunca he estado con un hombre!” (Lucas 1:34b). ¿No se suponía que debían terminar el período de compromiso, celebrar su fiesta de bodas y mudarse juntos para formar su familia?

“El ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Entonces no, el padre de ese Niño no sería José. No tendría un padre terrenal, porque ya tenía un Padre: Dios mismo. Fue entonces cuando María casi pierde a José.

Cuando José se enteró de que María estaba embarazada, no pudo quedarse con ella. Era un hombre íntegro que honraba demasiado a su Dios como para casarse con una mujer que estaba embarazada de otra persona. Pero también era un hombre justo por lo que, para no exponerla a la deshonra pública, decidió dejarla secretamente. Si se hubiera aferrado a su decisión, María habría sido madre soltera.

“Mientras José reflexionaba al respecto, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: ‘José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque su hijo ha sido concebido por el Espíritu Santo’”(Mateo 1:20). El Señor intervino y José tomó a María como esposa.

Y ahora, ese poderoso Hijo de Dios estaba en un pequeño pueblo llamado Belén, envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Mientras miraba el adorno del bebé, el sonido de voces a través de la ventana la sacó de su ensueño:

“¡Escuchar con atención! Los ángeles heraldos cantan: ‘Gloria al Rey recién nacido! Paz en la tierra y suave misericordia, Dios y los pecadores reconciliados. Alegres, todas las naciones levántate, únete a los triunfos de los cielos, con las

huestes angelicales proclaman que Cristo ha nacido en Belén.' ¡Escuchen! Los ángeles heraldos cantan, 'Gloria al Rey recién nacido.'"

Las voces de los villancicos se desvanecieron al seguir calle abajo. Volvió a mirar el adorno y, efectivamente, allí estaban los pastores reunidos alrededor del pesebre con María y José. Uno incluso tenía un cordero sobre los hombros. Y un ángel se cernía sobre el techo del establo.

"Paz en la tierra." ¡Qué bueno sería eso! Pero si su familia ni siquiera podía celebrar las fiestas en paz, ¿cómo podría haber paz en la tierra? "Dios y los pecadores reconciliados". Ese era su único deseo para esta Navidad. Si pudiera llevarse bien con su hermano, que siempre estuvo preocupado por su carrera y sus negocios; y si su hermana pudiera reconciliarse con la familia que hacía tantos años había abandonado; si pudieran volver a estar todos juntos como una familia feliz ... entonces sí sería una Navidad perfecta. Ese sería el regalo perfecto para darle a papá. Su hermana había sido su mejor amiga. Ahora tenía que pensar mucho para recordar qué los había separado, pero habían pasado muchas, muchas Navidades desde que estuvieron todos juntos.

Las Navidades de su infancia habían sido felices. Se despertaban temprano y trataban de adivinar qué serían los regalos apilados debajo del árbol. Había tanta risa, alegría y anticipación en esos días. ¡Cuánto anhelaba volver a tener esas navidades perfectas, volver a tener una Navidad llena de paz, luz y alegría!

Para eso fue que el Hijo de Dios, el Niño Jesús, estaba acostado en el pesebre. Había venido para traer reconciliación, para quitar la hostilidad que había separado a las personas entre sí y de Dios. La vida en este mundo no siempre había sido así. Pobreza, enfermedad, sufrimiento, muerte, hostilidad, sospecha, resentimiento, tormentas naturales y desastres provocados por el hombre: estas cosas no existían cuando Dios creó el mundo. Y cuando Dios hizo a los primeros humanos, Adán y su esposa Eva, el mundo se llenó de risa, gozo y anticipación. Estaban emocionados de aprender más el uno del otro, de tener hijos y criarlos, de conocer a las criaturas que los rodeaban. Sobre todo, esperaban con ansias los momentos de encuentro con Dios. Esos eran los mejores momentos del día: cuando podían sentarse y disfrutar con alegría de la presencia de su Creador. Al igual que esa primera noche de Navidad cuando la joven esposa y su esposo se sentaron maravillados disfrutando de la presencia del Hijo de Dios mientras él dormía en el pesebre.

Estar en la presencia de Dios se había convertido en un recuerdo lejano para la humanidad. Parecía una pequeña cosa comer la fruta del árbol que Él había prohibido. Pero Dios es santo y perfecto, y su desobediencia los alejó. Dios les había advertido solemnemente: "El día que comas de él, ciertamente morirás" (Génesis 2:17b), pero estaban ansiosos por obtener un conocimiento del mal que Dios quería evitarles. Cuando comieron esa fruta, la emoción de la desobediencia rápidamente se convirtió en vergüenza, pavor y miedo. No supieron cuán fuerte era ese miedo hasta que Dios fue a buscarlos.

No muy diferente de ese diciembre, ella y su hermana encontraron los regalos de Navidad escondidos. A pesar de que ya estaban envueltos, con un poco de vapor lograron quitar la cinta sin rasgar el papel. Cuando lograron ver qué regalos eran se llenaron de alegría. Pero pronto esa alegría se convirtió en decepción, cuando se dieron cuenta de que habían estropeado la emoción de abrir sus regalos bajo el árbol en la mañana de Navidad.

Cuando estaban guardándolos, apareció su padre. La decepción se convirtió en miedo. Sus corazones saltaron cuando encendió la luz. No podían negar lo que habían hecho. Incluso después de todos estos años, sintió una punzada de culpa cuando recordó la decepción que había visto en el rostro de su padre.

Ese fue un horrible recuerdo navideño, pero nada como la Navidad en la que su hermana agarró a sus hijos y salió furiosa de la casa. Siempre había sido terca, el tipo de persona que se aferra a un recuerdo doloroso y se niega a dejarlo ir. A partir de ese día se alejó por completo de la familia. La terquedad de su hermana le hizo temer que también se mantendría alejada este año, cuando necesitaban compartir la última Navidad juntos en familia.

Su mente regresó al adorno. "Dios y los pecadores reconciliados". Mamá y papá les habían enseñado la historia: ese bebé creció y se convirtió en hombre, un hombre que mostró a todas las personas cuánto los amaba su Dios, sanando a los enfermos, alimentando a los hambrientos, expulsando a los demonios de las personas indefensas e incluso resucitando a los muertos y devolviéndoselos a sus afligidas familias. Ese hombre sufrió la muerte en la cruz, pero no por los males que había hecho, sino para pagar el precio por las cosas malas que nosotros hacemos. Sus heridas nos curan. Su castigo satisfizo la ira de Dios contra nosotros. Su muerte nos da nueva vida.

Para eso nació ese bebé. El poderoso Hijo de Dios se hizo humano y entró en nuestro mundo quebrantado para restaurar la relación rota entre Dios y sus criaturas, personas a las que ama profundamente, personas por las que viviría y moriría.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras miraba el adorno. Las palabras de un himno navideño que una vez cantó con su hermana en el coro le vinieron a la mente: "Del paraíso a la tierra vino para que nosotros con él habitemos". Este Hijo de Dios compartió nuestra pobreza, nuestro hambre y sed, nuestro frío y calor. Conoció los insultos; experimentó el odio de personas que no entendían el bien que les estaba haciendo. Y hasta experimentó perder a alguien cercano y querido, a su discípulo Judas que se volvió contra Él y lo entregó a sus enemigos.

El bebé en el pesebre hizo que la distancia entre ella y su hermana careciera de sentido. Le quitó la amargura y el dolor y el orgullo que sentía. Si el Hijo de Dios pudo humillarse a sí mismo para nacer en un establo y amarnos lo suficiente como para someterse a una cruz para llevarnos de regreso a Dios, y de regreso el uno al otro, ella podría humillarse para tomar el teléfono y llamar a su hermana. Su corazón se aceleró y sus dedos temblaron mientras sostenía el teléfono en su oído. Debería haber hecho esa llamada hace años, pero cada vez que lo intentaba su orgullo la hacía colgar. Esta Navidad no colgaría. Esta Navidad no pudo colgar.

Fue el viaje más largo de su vida. Iba a casa para pasar la última Navidad con papá. ¿Cómo podía decirle que su propia hija no estaría allí? Cuando llamó, su hermana recibió su sincera invitación con una lista de heridas y quejas. Le había suplicado y suplicado que perdonara el pasado y volviera a casa por última vez porque era la última Navidad de papá, pero después de murmurar otra excusa poco convincente, su hermana le colgó.

Condujo lentamente por las conocidas calles de su ciudad natal. Cada entrada estaba llena de autos y ella podía imaginarse la alegría y las sonrisas de esas familias reunidas. ¿Por qué su familia no podía ser así? Casi la enfermaba por dentro pensar que, a pesar de sus mejores intenciones, su familia nunca tendría una Navidad así.

Finalmente, llegó a la casa. Los niños salieron corriendo hacia la puerta principal gritando y riendo, dejándola sola para descargar el auto. Pero eso realmente no la molestó, necesitaba unos segundos para sí misma para limpiarse las últimas lágrimas y poner cara valiente para papá. Cuando su hermano salió a ayudarla, pudo ver que estaba claramente conmovido. "¡Papá se ve terrible! No es más que una caparazón. Las mejillas las tiene hundidas y los labios son tan delgados que se pueden ver sus dientes. Cuando me incliné para abrazarlo, pude sentir cada hueso de sus hombros y espalda."

"Eso es porque vives fuera del estado y no lo has visto desde el año pasado. Como lo veo todas las semanas, supongo que no siempre me doy cuenta de lo mal que se está poniendo."

"Pensé que los médicos estaban exagerando cuando dijeron que esta sería su última Navidad. Ahora veo que no."

"Simplemente no hables de lo mal que se ve, ni menciones que esta es su última Navidad. Si pretendemos que todo está bien, ¡tal vez podamos dejar de pensar en la muerte y hacer feliz su última Navidad!"

Cuando entró en la sala de estar, su padre estaba sentado en su viejo sillón reclinable en un rincón. Con una sonrisa y una voz frágil dijo: "¡Feliz Navidad, cariño!"

Pensando en lo que había dicho su hermano, se dio cuenta por primera vez de lo mal que se veía en realidad. Pero fingiendo que todo estaba bien, respondió alegremente: "¡Feliz Navidad, papá!"

Puso los regalos debajo del árbol y se encargó de que todo fuera perfecto para esta Navidad. Evitaba hablar del futuro, de la salud de su padre o del desempleo de su hermano. En cambio, habló de todo lo que estaban haciendo los niños y recordó las Navidades pasadas. Fue entonces cuando se le escapó y mencionó la noche en que papá la había pillado junto con su hermana mirando los regalos. Al principio todos se rieron, pero luego su padre guardó silencio y puso una mirada distante en sus ojos.

Ella sabía que estaba pensando en su hija desaparecida. Se reprendió a sí misma por sacar a relucir ese tema tan doloroso. "¡Lo siento, papá! Quería que esta Navidad fuera perfecta; intenté con todas mis fuerzas convencerla de que viniera. Cuando colgó, me dije a mí misma que no debía hablar de ella, pero se me escapó. Lamento arruinarle la Navidad."

"No has arruinado nada, cariño. Desearía que tu hermana estuviera aquí, pero eso no me impide sentirme feliz de que ambos estén aquí con sus familias. Eso es suficiente para que sea una Navidad perfecta para mí." Mirando a su hermano, dijo: "Cuando escuché que perdiste tu trabajo, temí que no pudieras venir".

Al mirar a su hermano, vio cómo su Navidad perfecta se hacía pedazos. ¡Eso era lo último en lo que quería pensar en la Navidad! Se volvió hacia ella y le dijo: “Estoy muy agradecido de tener una hermana que me ama lo suficiente como para pagarnos los pasajes. ¡Nunca podríamos haber venido sin ella!”

Ella respondió: “Por favor, no digas más. No podría tener la Navidad sin ti. Y no quiero arruinar este día hablando de tus problemas laborales. ¡La Navidad es un momento para olvidar los problemas y simplemente ser felices juntos!”

Él se rio y dijo: “No puedo decir que me alegré cuando supe que estaría desempleado esta Navidad, pero realmente resultó ser una bendición. Antes pasaba todo el mes de diciembre haciendo viajes de fin de año, firmando contratos y organizando viajes de negocios para enero. La Navidad pasaba casi sin que me diera cuenta. Pero este año Dios me dio la oportunidad de detenerme y pensar realmente en el significado de esta época. Me he dado cuenta de que, por muy bueno que sea tener una carrera exitosa, hay cosas más importantes en la vida. ¡Tuve que perder mi trabajo para darme cuenta del verdadero significado de la Navidad!”

Continuó con una voz tranquila y alegre: “Al principio sentí lástima de mí mismo, pero luego comencé a pensar en José y María en esa primera Navidad. Me di cuenta de que cuando se mudaron, José estaba en el mismo barco que yo: ¡él también estaba desempleado! Y como Jesús terminó durmiendo en un pesebre en lugar de una cuna, está claro que José tampoco tenía mucho dinero. Y no podían pagar la ropa de bebé. Tuvieron que envolverlo en pedazos de tela arrancados de sus viejas ropas gastadas. No fue el trabajo, ni el dinero o el lugar lo que hizo la primera Navidad: fue el bebé, el propio Hijo de Dios que vino a vivir con nosotros. Dios podría haber elegido una familia diferente para su Hijo, una que fuera rica, poderosa e importante. Sin embargo, eligió a una familia pobre desconocida en un lugar extraño sin un refugio decente. Y eso fue suficientemente bueno para Él. Quizás este contratiempo temporal de estar desempleado es la forma en que Dios me hace ver estas vacaciones desde una perspectiva diferente. Después de todo, si José y María tuvieran suficiente para sobrevivir, estoy seguro de que Dios hará que las cosas también funcionen para nosotros.”

Ella se quedó impresionada. Nunca soñó que una persona desempleada pudiera ser feliz. Quizás esconderse de los problemas de la vida por un día no hacía que la Navidad fuera perfecta, como solía pensar. Quizás los problemas de la vida nos muestran la razón por la cual fue necesaria esa primera Navidad. Cuando papá se cansó y se acostó a dormir la siesta, pasaron el resto de la tarde de Navidad recordando, riendo, hablando y disfrutando del gozo del nacimiento de Cristo. Pero de vez en cuando miraba por la ventana hacia el camino. Quizás Jesús obraría otro milagro navideño: ¿no sería maravilloso si vieran llegar a su hermana para la cena navideña?

Más tarde se reunieron alrededor de la mesa y celebraron juntos su última comida navideña. Casi dolía mirar al otro lado de la mesa y ver a papá tan débil, cansado y frágil, y notar que el lugar de su hermana seguía vacío.

Luego, con su voz temblorosa, papá les dijo: “He estado esperando esta Navidad, porque sé que es la última que compartiremos aquí. Pero no lloren, no tiene sentido esconderse de eso. Cuando los médicos me dijeron que no podían hacer nada más, solo esperaba vivir lo suficiente para verlos a todos nuevamente esta Navidad. Me considero un hombre afortunado de estar hoy aquí con ustedes. No me amarga que esta sea mi última Navidad porque sé que no lo será. Para cuando llegue la próxima Navidad, estaré celebrando la Navidad más increíble de todas.”

“Ustedes todavía estarán atrapados aquí en la tierra, pero yo finalmente estaré en casa para Navidad, en casa con mis padres, mi hermana y mis hermanos, la abuela Jones y el abuelo Bart. Aún mejor, estaré en casa con María y José, los pastores y los sabios, y podré escuchar a esos ángeles cantando para mí. He estado esperando eso durante mucho tiempo. Y lo mejor de todo, estaré con Jesús. Ustedes son quienes estarán fuera de casa la próxima Navidad, y espero con ansias el día en que su trabajo aquí esté terminado, ¡y podamos estar juntos para siempre en una Navidad que es perfecta de verdad!”

Miró a su padre de una manera nueva. Su cuerpo todavía se veía desgastado y frágil, pero había un inconfundible brillo en sus ojos. Vio una alegría, una confianza y una paz increíbles que nunca soñó que vería este día de Navidad. Aún más, ella misma estaba sintiendo esa alegría y paz. Se había dado cuenta de que la Navidad no son los regalos, adornos, tarjetas y galletas, ni que todos los asientos alrededor de la mesa estén llenos. La Navidad es abrir el regalo de Dios nacido en Belén, para recibir el perdón, la paz, el gozo y la esperanza que su vida, muerte y resurrección traen para esta vida y la próxima.

Pasaron el resto de la cena hablando, riendo y disfrutando el estar juntos. Por alguna razón, en realidad una razón bastante clara, su papá no podía dejar de hablar sobre el Niño Jesús y el hogar celestial que lo esperaba.

“Lo que me entristece, al pensar en esa fiesta de Navidad en el cielo, es cuántas personas son como tu hermana, negándose a regresar y reconciliarse. No quieren tener nada que ver con su Padre Celestial o su maravilloso hermano Jesús. No saben lo que se pierden. Bueno, al menos todavía no. Nunca te rindas con tu hermana; nunca se sabe cuándo llegará su momento y finalmente verá cuánto necesita a su Señor. Y recuerda siempre: lo más importante para ella es entender cuánto necesita a su Señor, incluso si nunca viene a ver que también necesita a su familia. Sé que Dios no se rendirá con ella.”

“¡Gloria al Rey recién nacido! Paz en la tierra y suave misericordia, Dios y los pecadores reconciliados.” Las palabras pasaron por su mente mientras miraba lentamente alrededor de la mesa navideña de papá y mamá.

El lugar de su hermana todavía estaba vacío, pero por primera vez estaba bien. Ella lo había intentado y seguiría intentándolo. Tal vez una de estas Navidades el hielo entre ellos se derretiría. Pero incluso si eso nunca sucediera en este mundo, estaría bien. Aún encontraría la verdadera alegría de la Navidad recordando esta Navidad.

Y en el fondo de su corazón atesoraba una esperanza más de una Navidad perfecta: una Navidad futura en la que volvería a estar junto con su padre y su madre, su hermano y su hermana, y toda su familia celebrando la interminable fiesta de Navidad con María y José, los pastores y sabios, y el coro de ángeles sentados juntos en el cielo, disfrutando del resplandor de su Señor y Salvador Jesucristo, el Niño de Belén y Salvador del mundo.

¿Dónde te encuentras esta Navidad?

¿Estás tan ocupado preparándote para la Navidad que no te detienes a disfrutar su verdadera razón de ser? Recuerda que en la Navidad celebramos todo lo que Dios hizo para enviar a Su Hijo a restaurar su relación con Él y con tu familia y amigos.

¿Estás tratando de ignorar los problemas y dolores de la vida para poder disfrutar de la Navidad? Recuerda que Jesús vino a cargar con nuestros problemas y dolores en esta vida y que los eliminará para siempre en la vida venidera.

¿Estás tan ocupado con tu trabajo que la Navidad pasa como un borrón? Reduce la velocidad y considera tu futuro. No trabajarás para siempre. Jesús vino a compartir nuestra vida y ganó un lugar para ti como hijo de Dios que vivirás con Él para siempre en Su creación perfectamente restaurada.

¿Está aislado de tu familia debido a dolores y heridas del pasado? Jesús nació para sufrir y morir por nuestras palabras y acciones hirientes. Él nos da poder para superar el dolor y comenzar de nuevo.

¿Crees que no pueden pasar un solo día de Navidad juntos sin pelear? Jesús los ayudará a ser pacientes y apreciarse mutuamente. Este año quizás deban limitar su tiempo juntos, pero eso puede mejorar. En la próxima vida, Él eliminará las fallas que nos hacen pelear, y disfrutaremos estar juntos para siempre.

¿Estás de duelo por un lugar vacío en tu mesa de Navidad este año? Jesús nació para conquistar la muerte a través de su propia muerte y resurrección. Ya sea que la vida o la muerte te separen de tus seres queridos esta Navidad, nada podrá separarte de Jesús. En la próxima vida, Él te unirá con todos tus seres amados creyentes para siempre.

Padre Celestial, Tú conoces mis muchas disfunciones: mis pensamientos egoístas, mis palabras apresuradas y mis acciones necias que me separan de Ti y de las personas que me rodean, incluso las que más amo. Sabes las cosas que hacen que mi vida sea menos de lo que me gustaría que fuera. Sabes el tiempo y la energía que desperdicio tratando de cubrir mis disfunciones y cómo intento echarle la culpa a otra persona. Pero hacer eso solo me deja sintiéndome vacío por dentro, un vacío que veo muy claramente durante esta ajetreada temporada navideña.

No sé por qué, pero me has amado lo suficiente como para enviar a tu único Hijo a reparar esas relaciones y hacer de mi vida todo lo que podría desear que fuera, tanto en esta vida terrenal como en la venidera.

En esta Navidad, cuando miro a Tu Hijo acostado en un pesebre, recuérdame al Hombre que creció para ser. Recuérdame el gran intercambio que hizo cuando se sacrificó en la cruz, tomando mis disfunciones sobre sí mismo y dándome Su completa perfección. Limpia mi corazón y mi mente obstinados y dame una mente y un corazón como los de él, para que pueda regocijarme en tu presencia y ser un gozo para mi familia, para mis amigos y para ti, mi Dios.

Oro en el nombre de Jesús. Amén.

El Rev. Wayne Palmer se graduó en 1992 del Seminario Teológico Concordia de Ft. Wayne, Indiana. Luego de servir en dos parroquias en Missouri, fue editor teológico y escritor en Lutheran Hour Ministries. Actualmente sirve como editor en Concordia Publishing House. El Rev. Palmer vive en St. Louis, Missouri, con su esposa Pam y su hijo Jacob.



© 2009 Revisión 2021 CPTLN
Todos los derechos reservados

Sentido Latino es un programa de Cristo Para Todas Las Naciones,
un ministerio cristiano mundial cuya misión es
Llevar a Cristo a las naciones, y las naciones a la iglesia.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas.

660 Mason Ridge Center Dr., St. Louis, Missouri 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • 6BS61-SL